



El gigante de Altzo

UN VASCO MÍTICO
(AUNQUE MUY REAL)
EN LA EUROPA
DEL SIGLO XIX

LUIS ÁNGEL SÁNCHEZ GÓMEZ

El gigante de Altzo

UN VASCO MÍTICO
(AUNQUE MUY REAL)
EN LA EUROPA
DEL SIGLO XIX

LUIS ÁNGEL SÁNCHEZ GÓMEZ

SÁNCHEZ GÓMEZ, Luis Ángel (1962-)

El Gigante de Altzo : un vasco mítico (aunque muy real) en la Europa del siglo XIX / Luis Ángel Sánchez Gómez. - [Donostia/San Sebastián] : Diputación Foral de Gipuzkoa, 2018.

253 p. : il. col. y n., fot. ; 24 cm

Índice

DL SS 1357-2018. - ISBN 978-84-7907-797-6

1. Eleicegui, Miguel Joaquín de (1818-1861). I. Gipuzkoa. Diputación Foral. II. Título.

929 Eleicegui, Miguel Joaquín de

Edición del libro: Diputación Foral de Gipuzkoa

Diputado General: Markel Olano Arrese

Diputado del Departamento de Cultura, Turismo, Juventud y Deportes: Denis Itxaso González

Textos: Luis Ángel Sánchez Gómez

Diseño y maquetación: Diputación Foral de Gipuzkoa

Impresión: Michelena Artes Gráficas, S.L.

Tirada: 500 ejemplares

D.L. / L.G.: SS-1357-2018

ISBN: 978-84-7907-797-6

© De la edición: Diputación Foral de Gipuzkoa

© De la obra: Luis Ángel Sánchez Gómez

© De los textos: Luis Ángel Sánchez Gómez

Presentación

Miguel Joaquín, el “grande”

Miguel Joaquín Eleicegui, popularmente conocido como el *Gigante de Altzo*, fue un hombre singular por su gran estatura y talla física, que le valió la fama y ser conocido en las principales ciudades europeas. Debido a la acromegalia que padecía, nunca dejó de crecer y al final de su vida superaba los 2,40 m. de altura. La vida pública de Miguel transcurrió entre viajes y exhibiciones en las que se ofrecía al público, previo pago de la correspondiente entrada, la posibilidad de admirar a un verdadero fenómeno de la naturaleza. La curiosidad no era exclusiva de las clases populares y alcanzó también a celebridades, poderosos e incluso a reinas, como Isabel II o Victoria del Reino Unido.

Miguel Joaquín es a día de hoy el hombre más alto del que se tiene noticia en Gipuzkoa y el País Vasco y, como el autor señala, *sigue presente en todas las clasificaciones internacionales de los individuos más altos jamás conocidos*. A pesar de su notoriedad y proyección internacional, el personaje ha permanecido en un relativo olvido que ha comenzado a corregirse en el presente siglo con distintas iniciativas, como las desarrolladas por el Museo de San Telmo o el propio Ayuntamiento de Altzo. En el campo de la creación artística merecen ser destacadas la obra de teatro para títeres, *Altzoko haundia*, y la premiada película *Handia*, que contó con el apoyo de la Diputación Foral de Gipuzkoa.

A pesar de la excepcionalidad de sus características físicas, la biografía de Luis Ángel Sánchez nos descubre un hombre muy normal en muchos aspectos de su vida, alejado de los mitos y leyendas contruidos en torno al gigante. En sus páginas descubrimos que la peripecia vital de Miguel Joaquín, al margen de rentabilizar su desmesurada anatomía, discurrió por los cauces habituales en la Gipuzkoa de la primera mitad del S.XIX. También se nos muestra un ser humano bondadoso, preocupado por su familia, que se desempeñó en su vida pública con dignidad. Todo ello le granjeó, más allá de la admiración en tierras lejanas, el afecto y la simpatía de los más próximos.

Denis Itxaso

Diputado de Cultura y Turismo

Índice

Agradecimientos	11
Nota sobre el uso de términos en euskera	15
Introducción	17
1. Fascinación por los gigantes	25
2. Lo que nos han contado	35
3. El chicarrón de Ipintza y su familia	51
4. Una gran idea: yo me exhibo, tú me pagas.	69
5. Un guipuzcoano grandón y con turbante (Madrid, 1843-1844)	77
6. Toros, <i>forcados</i> y amores frustrados (Lisboa, 1844).	95
7. Pulgarcito y el ogro (París, 1845-1846)	101
8. Inglaterra a sus pies (1847-1849).	119
9. El Gigante del Café Mulhouse (París, 1849-1850)	149
10. El Gigante Guipuzcoano recorre España (1850-1854)	167
11. El último <i>tour</i> de Francia (1854-55).	189
12. Retiro, muerte y descanso eterno (¿o no?)	197
13. Un gigante enfermo	213
14. Renacer	231
15. De profesión, gigante	249

Agradecimientos

Como en trabajos anteriores, este libro solo ha podido llegar a buen término porque el autor ha contado, además de con su propio esfuerzo y el sueldo que recibe de la Universidad Complutense, con la colaboración de un buen número de personas e instituciones. Por supuesto, sin la existencia de internet, sin un buen buscador y sin la desinteresada labor de todos aquellos que han subido artículos, documentos y prensa histórica a la red, las páginas que el lector está a punto de leer habrían tardado años en salir a la luz o, simplemente, nunca se habrían redactado.

Pero, más allá de este reconocimiento genérico, quiero comenzar este apartado mostrando mi más sincero agradecimiento a Dámaso Zubeldia Unsain, vecino de Altzo Azpi, sobrino sexto de Miguel Joaquín y nieto de Dolores Eleizegi Alcayaga, la última *etxekoandre* del caserío de Ipintza. Sí, es verdad que nuestro inicial encuentro en Altzo fue fugaz y casual, pero la relación pronto continuó por otros derroteros. Tras un primer envío de parte del material que había redactado, Dámaso Zubeldia se convirtió en el colaborador más activo y entusiasta con el que podía haber contado. Más allá de apuntar errores o erratas en el texto, su ayuda ha resultado esencial para identificar a familiares del chicarrón de Ipintza, aclarar dudas diversas, traducir algún texto en euskera y recabar información que desconocía, incluidos artículos de prensa histórica francesa que no había localizado en mis propias pesquisas en la red. Además, su ánimo ha contribuido de forma notable a la culminación del estudio. De verdad, *eskerrik asko*.

En Altzo también quiero agradecer a Lurdes Murua Gorostidi y Miren Balerdi Amondarain (concejales del ayuntamiento) su amable acogida durante mi visita a la localidad; y a Antton Iztueta su igualmente cordial y detallado recorrido guiado por sus dos barrios.

Durante una primera fase en la redacción del libro conté con la inestimable ayuda de Koldo Izagirre, que revisó y comentó parte del texto original, aportó información complementaria y tradujo varios textos del euskera al castellano. También en Euskadi han respondido con prontitud a mis consultas Francisco José Conde Urruzola y Arantza Egitegi Elizasu (Museo San Telmo-San Telmo Museoa, Donostia), Pedro María Berriochoa Azcárate (UPV-EHU), Jesús María Valdaliso Gago (UPV-EHU) y Xabier Alberdi Lonbide (Museo Naval de Donostia-Untzi Museoa). Igualmente ha dado rápido y eficaz curso a mi solicitud de documentos el personal del Archivo General de Gipuzkoa-Gipuzkoako Artxibo Orokorra (AGG-GAO. Tolosa), del Archivo Histórico de Protocolos de Gipuzkoa-Gipuzkoako Protokoloen Artxibo Historikoa (AHPG-GPAH. Oñati) y del Archivo Histórico Diocesano de San Sebastián-Donostiako Elizbarrutiko Artxibo Historikoa (AHDSS).

Ya en Madrid, deseo dar las gracias a Javier Aller Pardo (Hospital Puerta de Hierro de Majadahonda), por sus clarificadoras explicaciones sobre el gigantismo y la acromegalia. Y, al igual que en mi anterior libro, un agradecimiento especial a M. Ángeles Querol Fernández, compañera del Departamento de Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología de la UCM en el que trabajo, cuyo apetito lector y corrector es de intensidad similar a la legendaria voracidad del chicarrón de Altzo.

En cualquier caso, todo lo que acabo de indicar habría estado de más de no haber sido aceptada la publicación del libro por la Diputación Foral de Gipuzkoa. Por ello, deseo dar las gracias a la institución, en especial a Gabriela Vives Almandoz, jefa del Servicio de Patrimonio Histórico-artístico y Archivos, y al Servicio de Publicaciones de la Diputación Foral de Gipuzkoa.

Por supuesto, ninguna de las personas citadas es responsable de lo que aquí se escribe, ni tiene por qué compartir las ideas, opiniones o valoraciones del autor. Más aún: solo quien firma este libro asume las inexactitudes y carencias que pueda presentar, que espero no sean muchas.

Y una última anotación, que también puede contar como agradecimiento: este trabajo se integra en el proyecto de investigación “El coleccionismo científico y las representaciones museográficas de la Naturaleza y de la Humanidad”, desarrollado en el CSIC y financiado por la Agencia Estatal de Investigación del Gobierno de España y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (HAR2016-75331-P).

Nota sobre el uso de términos en euskera

El autor de estas páginas es un completo erdaldún, cuyo conocimiento del euskera se reduce a un lejano recuerdo de ciertas canciones de músicos vascos de hace ya unas cuantas décadas, a alguna que otra palabra aislada más o menos significativa y a lo poco que ha podido retener de los libros sobre etnografía y antropología del País Vasco leídos desde los tiempos de estudiante en la universidad. Por lo tanto, pido por anticipado disculpas por cualquier error u omisión cometido en el manejo de la terminología euskérica. En el ámbito de la toponimia, he utilizado las denominaciones en euskera de la práctica totalidad de los lugares citados. La única excepción creo que ha sido la de Bilbao: lo de Bilbo, simplemente no encaja en mi cerebro castellano. Para los gentilicios he empleado las desinencias en euskera (altzotarra, tolosarra, donostiarra), aunque también aquí existe otra excepción con idéntica justificación a la de Bilbao: escribo “guipuzcoano”, en lugar de “gipuzkoar”. Los nombres de personajes históricos se transcriben de acuerdo con la forma en que son citados en la documentación consultada, casi siempre en castellano: por ejemplo, Miguel Joaquín Eleicegui, en lugar de Migel Joakin Eleizegi.¹ Los de autores contemporáneos se escriben del modo en que aparecen en sus publicaciones: en unos casos en la forma castellana, en otros en la forma vasca. Salvo algunas excepciones, los nombres y apellidos de los actuales ciudadanos y ciudadanas de Euskadi se transcriben en su habitual forma en euskera y sin tilde.

1 - En algunos textos redactados en euskera el nombre se transcribe como “Mikel Joakin” e incluso “Mikel Jokin”, pero lo habitual es encontrarlo como “Migel Joakin”.

Introducción

A mediados del siglo XIX, y durante algo más de una década, un ciudadano vasco pasea su descomunal anatomía por media Europa. No es, ni mucho menos, el primer “gigante” de carne y hueso que se exhibe.² De hecho, durante la segunda mitad del siglo XVIII y todo el XIX la presentación pública de hombres (y en mucha menor medida de mujeres) que superan los dos metros de estatura se convierte en algo relativamente habitual. También es cierto que no se le puede catalogar como el individuo más alto de todos los tiempos, pero lo que nadie puede negar es que se trata del gigante más imponente que recorre el territorio europeo durante los años centrales del XIX y que, allí donde va, triunfa. Luego, cuando deja de ser visto, cuando su esencia corpórea se difumina, el personaje se transforma en mito. Y es un mito que pervive a uno y otro lado de los Pirineos durante décadas. En Euskadi, su recuerdo se pierde en algunos momentos, pero siempre retorna; hoy, gracias a la película *Handia*, está más vivo que nunca, aunque, como era de esperar en una obra de ficción, la imagen que el filme nos presenta de su protagonista queda muy alejada de la realidad. El personaje del que hablamos es, obviamente, Miguel Joaquín Eleicegui Ateaga.

Sí, Miguel Joaquín fue un verdadero gigante; pero ¿qué interés tiene conocer su peripecia vital? Por supuesto, la respuesta dependerá de a quién se le pregunte, y no me refiero tanto a la personalidad individual del

2 - Utilizo el término “gigante” sin ninguna intencionalidad peyorativa. No volveré a entrecorrerlo para evitar sobrecargar el texto con signos tipográficos.

interrogado como a su condición social e identitaria, así como al vínculo emocional que pueda mantener con el mozo altzotarra y su entorno. En principio, se podría pensar que a todos aquellos que ni son vascos ni tienen relación alguna con Altzo y su gente, la historia de nuestro protagonista les habría de resultar lejana, incluso completamente ajena. De acuerdo con este razonamiento, también se podría argumentar que los descendientes (colaterales) del gigante, los vecinos de su pueblo, las gentes de Tolosaldea y, ya por extensión, las de Gipuzkoa y el conjunto de Euskadi tendrían al menos el aliciente de acercarse a su biografía por el vínculo más o menos intenso que, de forma real o imaginada, tuvieran o creyeran tener con él. Por supuesto, el planteamiento que acabamos de hacer puede resultar simplista y, de hecho, lo es. Y es que, resulta obvio que Miguel Joaquín no es un personaje histórico de los que suelen ser considerados relevantes, pues nada tuvo que ver con el mundo de la política, ni de la religión, ni del arte, ni de la ciencia, ni del pensamiento, ni de la milicia... Fue alguien grande, muy grande; pero no hizo nada realmente “grande”. Aunque, al final, se ha de reconocer que sí fue alguien especial, y que justo por su singular y desmesurada anatomía sí que hizo cosas extraordinarias, muy diferentes a las propias de las gentes de su momento y de su entorno. Por ello, pienso que si ofrezco al lector un acercamiento, que pretendo ameno, a esa peculiar biografía, es muy probable que el libro acabe llamando la atención de gentes que nada tengan que ver con Altzo o Tolosaldea, ni siquiera con Euskadi.

Asumo, por tanto, que el interés por conocer su historia vital no tiene por qué limitarse al ámbito vasco, que cualquiera que acceda al relato puede sentirse atraído por lo que se cuenta. Pues bien, pasemos ahora a otro nivel: ¿es relevante el estudio de esa biografía desde una perspectiva que podríamos calificar como académica?; ¿merece la pena dedicar más de dos años a la empresa, desde que se da inicio a las primeras búsquedas de información hasta que se pone el punto final al libro que, con suerte, se logra publicar con los resultados de la investigación? A la primera pregunta voy a responder como historiador profesional, como profesor de universidad que se dedica a investigar (que también lo hacemos los “de Letras”) y a ejercer la docencia entre un alumnado que, ¡alabados sean todos los dioses habidos y por haber!, aún se atreve a estudiar Arqueología o Historia. La respuesta es afirmativa por partida doble: sí tiene interés y

sí es relevante su estudio. Lo tiene por razones que van mucho más allá del conocimiento, diría que anecdótico, de la particular historia de una familia guipuzcoana que rentabiliza durante una década la gigantesca talla de uno de sus miembros. Lo tiene porque permite que nos adentremos en el singular mundo de la “gigantología”, no tanto en su vertiente mitológica como en la puramente anatómica (patológica), mucho más interesante esta última por proyectarse sobre gentes de carne y hueso y sobre su cotidianidad. Su estudio es relevante porque nos permite escudriñar las muy variadas formas de asumir e interpretar lo singular, lo extraordinario, lo casi monstruoso, todo ello personificado en un individuo que rompe los límites de la “normalidad” con su físico portentoso. Y, por supuesto, el seguimiento de la peculiar historia vital de Miguel Joaquín nos facilita la entrada a un universo que hoy nos parece extraño y que casi todos rechazarían por su presunto carácter degradante, pero que ni es indigno en la mayoría de los casos ni se aleja tanto de determinadas prácticas sociales plenamente vigentes en la actualidad. Hablo, claro está, de sus exhibiciones públicas, de la intensa, extensa y exitosa explotación comercial de su desaforada anatomía. Comprobaremos que ese tipo de espectáculo, y lo escribo sin comillas, conecta con prácticas antiguas, pero también con otras decididamente modernas. Veremos cómo evoluciona el modelo exhibidor, el papel que juega la prensa en la proyección pública del espectáculo, las estrategias publicitarias, las giras cada vez más extensas y ambiciosas y, en último término, comprobaremos cómo se gesta y cómo se consolida el mito europeo del *Spanish Giant* del siglo XIX.

Y, bien, acaba de asomar la cuestión identitaria. Miguel Joaquín Eleicegui nace en Gipuzkoa y es un ciudadano vasco y euskaldún, aunque puedo confirmar ya que al menos en su edad adulta habla, mejor o peor, el castellano. Pero lo que también resulta obvio es que, más allá de lo que pudiera pensar o sentir, Miguel Joaquín es un “ciudadano español”, al menos desde una perspectiva que, si se quiere, puede llamarse formal u oficial. Alguien que tanto antes como después de sus salidas internacionales recorre buena parte del Reino de España con sus exhibiciones. Alguien que, tras unos comienzos dubitativos, se presenta primero como “Gigante Guipuzcoano”, etiqueta que se combina pronto, sin desaparecer, con la de “Gigante Español”, siendo mucho menos frecuente el apelativo de “Gigante Vasco”. Y, por evidentes razones de impacto publicitario, fuera

de España se sigue un criterio similar: en Portugal es conocido como el *Gigante Hispanhol* (o *Espanhol*), en Francia como el *Géant Espagnol* y en Inglaterra como el *Spanish Giant* o el *Spanish Goliath*. Eso sí, haciéndose eco de la información que los mismos Eleicegui proporcionan, casi siempre se menciona su condición de vasco o que es originario de Gipuzkoa; en muchos casos se cita incluso el pueblo de Altzo y, de no ser así, se apunta al menos que nace en una pequeña localidad cercana a Tolosa.

Para algunos lectores, lo que se acaba de anotar puede resultar intrascendente o innecesario; para otros, simplemente inútil en cuanto que discurso justificativo de determinadas expresiones o de cierta terminología empleada en el libro. Ambos pueden tener razón. En realidad, no pretendo justificar nada; solo explicar algo. Explicar que, aun siendo sensible a las cuestiones identitarias, no tendría sentido calificarle tan solo como el hombre vasco más alto de todos los tiempos, aunque lo fuera y lo siga siendo. Debo destacar que igualmente fue y continúa siendo el ciudadano español más alto del que se tiene noticia, y que es necesario y hasta ineludible compararlo con otros gigantes españoles decimonónicos, aunque con ese “otros” lo sitúe en un contexto del que pudiera no sentirse partícipe. En cualquier caso, quiero dejar meridianamente claro que no tengo intención alguna de “españolizar” la figura del altzotarra. Mi objetivo es conocer y dar a conocer la singular biografía de un ciudadano vasco de mediados del siglo XIX, en ningún caso reclamar ni defender identidades, ideologías o proyectos políticos de ninguna índole.

Miguel Joaquín Eleicegui fue lo que fue; hoy será lo que cada cual quiera que sea. De hecho, y puestos a ser sinceros, he de decir que hasta el día de hoy (y excepto en momentos y contextos muy concretos) el chicharrón de Altzo ha generado escaso interés entre los historiadores vascos (y no vascos) y, en general, entre todos aquellos que podrían haber indagado en su historia y publicado algo sobre su singular vida. En el capítulo segundo daremos un repaso a esas publicaciones y comprobaremos que, más allá de alguna vinculación puntual de su persona con el universo rural, prácticamente nadie lo ha reivindicado como referencia identitaria de la cultura o la sociedad vascas. ¿Quiere decir esto que ha sido despreciado, que ha sido considerado como una especie de ser extraño, poco menos que un monstruo, del que la ciudadanía vasca no podía ni debía sentirse

orgullosa? No me atrevería a ir tan lejos, pues al menos durante el primer tercio del siglo XX en Altzo y su entorno se recuerda con cierto cariño la figura de *Aundiya*; y luego, ya en la década de 1970, algunos se interesan por conocer su singular historia. Pero durante mucho tiempo, demasiado, bien podríamos dar por válido aquello de que “no hay mayor desprecio que no hacer aprecio”. Por fortuna, durante los últimos quince años una serie de iniciativas públicas y privadas han hecho que se renueve el interés (el popular, no tanto el académico) por la figura de Miguel Joaquín y que al menos para su entorno más cercano sea algo más que el “Gigante Vasco”, e incluso más que el “Gigante de Altzo”, o *Altzoko Erraldoia*: que se haya convertido en un verdadero símbolo, querido y respetado, tanto en su localidad como en el conjunto de Euskadi.

Con el asunto de las identidades casi olvido la segunda cuestión que planteaba páginas atrás: la de si realmente merece la pena el tiempo y el esfuerzo invertidos en la redacción de este libro. De nuevo, es evidente que la respuesta es sí. Y para que se comprenda de forma adecuada el porqué de tan rotunda respuesta, creo que no estará de más explicar las razones que me llevaron a estudiar la biografía de Miguel Joaquín.

Debo confesar que la figura del muchachote guipuzcoano no atrajo mi atención por ser originario del precioso pueblo de Altzo, ni porque yo tenga vinculación alguna con Euskadi, ni porque haya escrito trabajos previos sobre el mundo vasco. El sustrato último sobre el que descansa todo es una larga trayectoria de estudios sobre historia de la antropología y la museología anatómico-antropológica durante el siglo XIX. En esos trabajos he dedicado especial atención al cirujano y anatomista Pedro González Velasco (1815-1882), creador en 1875 del gran Museo Antropológico, sede del actual Museo Nacional de Antropología, situado frente a la estación de Atocha, en Madrid. Como todos los anatomistas, médicos y antropólogos de la segunda mitad del siglo XIX, el doctor Velasco sentía verdadera pasión por la teratología humana, es decir, por el estudio de los calificados como “monstruos humanos”, que no eran sino personas afectadas mayoritariamente por graves patologías deformantes. Los gigantes se contaban entre los casos que generaban mayor interés, no solo por lo impresionante de sus figuras, sino porque entonces nadie podía explicar de forma convincente las causas de tan desmesurado crecimiento. Disponer

y exhibir el esqueleto (e incluso el cuerpo completo) de uno de esos gigantes era desde mediados del siglo XVIII una de las máximas aspiraciones de los anatomistas-coleccionistas de toda Europa. Pues bien, como veremos en el primer capítulo, el doctor Velasco es uno de los pocos afortunados que logra hacerse (y de forma legal) con uno de esos fenómenos de la naturaleza, el famoso “Gigante Extremeño”, cuyo esqueleto y vaciado aún se exhiben en el citado Museo Nacional de Antropología.

Tras publicar algunos artículos sobre Velasco y su museo, dediqué otro de forma exclusiva al citado gigante, cuya biografía lleva tiempo siendo narrada de forma tan absurda como fantástica, sin apenas relación alguna con lo realmente acontecido. Durante la investigación sobre este personaje me topé con el esqueleto de otro “grande”, que pude identificar como perteneciente a Pedro Antonio Cano, individuo que fue “enviado” desde el Nuevo Reino de Granada (Colombia) a la Península, en 1792, para ser presentado al rey Carlos IV, y cuyo esqueleto se conserva en la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense, en Madrid. Tras redactar un nuevo estudio sobre el “Gigante Cano”, asumí que debía revisar las biografías de los más destacados gigantes conocidos en España durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX, y que debía comenzar por el más relevante de todos, por el guipuzcoano Miguel Joaquín Eleicegui. Finalmente, tras una intensa búsqueda de información (tanto virtual como *in situ*) en hemerotecas, bibliotecas y archivos, tras visitar Altzo y después de algunos meses de redacción, estas páginas son el resultado de tan singular empresa “eusko-gigantológica”.

Y, para terminar ya una introducción quizás demasiado extensa, dos últimas anotaciones. En primer lugar, quiero incidir en que el presente libro tiene el propósito de documentar, de la forma más fehaciente posible, la historia vital (y, en cierta medida, la historia post mórtem) de Miguel Joaquín, desmontando habladurías y leyendas que, por muy atractivas o sugerentes que quizás resulten, nada tienen que ver con la realidad; una realidad que, además, es bastante más interesante que toda esa ficción. En segundo, que digo y hago esto sin intención alguna de aguar la fiesta a los amantes de las leyendas y las fábulas, que también me seducen, evitando en todo lo posible actitudes pedantes y sin considerar que mi discurso, que pretende mostrarse accesible sin dejar de ser académico, se sitúa por

encima de ningún otro, sea cual fuere su procedencia o condición. Eso sí, mi objetivo será siempre tratar de discernir la realidad conocida (y en ocasiones, he de reconocerlo, solo conjeturada) de la mera ficción, una ficción que, en el caso del altzotarra y hasta el estreno de *Handia*, ha sido mucho menos intensa y fantasiosa que la generada en torno a otros gigantes ibéricos, pues se ha centrado casi exclusivamente en alguna anécdota de tipo amoroso y, ahora viene el lado macabro, en el presunto robo de su esqueleto. En las páginas que siguen comprobaremos si ha sido posible aclarar algo sobre tales cuestiones, conoceremos lo que sobre él se ha escrito desde muy temprana fecha hasta la actualidad, nos adentraremos en su biografía como segundón de una extensa familia troncal guipuzcoana, seguiremos de cerca su extraordinaria carrera nacional e internacional como gigante profesional, revelaremos cuáles fueron las circunstancias y los contextos que acabaron convirtiéndolo en uno de los mitos más destacados de la gigantología europea del siglo XIX, hablaremos de su enfermedad y, por último, andaremos el camino que, décadas después y ya en su tierra vasca, ha hecho de Miguel Joaquín Eleicegui *Gure Haundie*, “Nuestro Grande”.

1. Fascinación por los gigantes

Desde hace siglos, incluso milenios, los seres humanos nos hemos sentido fascinados por los gigantes. Nos ha atraído y nos sigue atrayendo todo lo que es grande, tanto en el ámbito de la naturaleza como en el de las propias creaciones humanas: los animales grandes, los árboles grandes, las grandes montañas, los grandes ríos, las grandes ciudades, los rascacielos, las torres..., y por supuesto las personas grandes, sobre todo las que son muy, muy grandes. También es verdad que no es fácil encontrarse con un humano verdaderamente gigante; que una montaña, un árbol, un edificio o incluso ciertos animales pueden ser muy grandes, pero las personas de más de dos metros escasean y es casi imposible encontrar alguna que supere los dos metros y medio. Pero, a falta de realidades visibles y tangibles, los humanos disponemos de la imaginación y la fantasía, y esa imaginación nos deja vía libre a la “invención” de una extensa tipología de gigantes humanos o sobrehumanos y otros de apariencia humana, pero de esencia muy diferente, como ogros y cíclopes. Casi todas, si no todas, las religiones, casi todo el pensamiento mágico-religioso ha creado seres míticos de condición gigantesca y de poderes sobrehumanos, que habrían existido en épocas primigenias, enfrentados casi siempre a los dioses. Y lo más interesante es que muchas de esas gentes no se han limitado a crear meras imágenes mentales de tales seres, sino que han pretendido identificar sus huellas y hasta sus mismísimas creaciones materiales: megalitos, grandes construcciones de la Antigüedad o de época medieval, grutas, acantilados, brechas en las montañas... Incluso ha habido momentos en